



HOGARES DON BOSCO
FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

MARÍA MADRE DE LA IGLESIA

**VII Congreso Internacional de María Auxiliadora
(Agosto 2015)**

10. *María Madre de la Iglesia*

ORACIÓN

Ponemos nuestra reunión en manos de Dios con una oración preparada por el matrimonio que nos acoge en su casa

Don Roberto Carelli

En el misterio del amor de Dios que ha querido habitar entre nosotros y hacer de nosotros nuestra morada, María tiene el puesto más alto: **es Madre de Dios, Madre nuestra, Madre de la Iglesia, Madre universal**. Dios la ha creado para ser morada de su Hijo, después de haberla hecho su morada, ha dilatado de manera ilimitada el espacio de su maternidad.

En relación a la Iglesia María ocupa un puesto especial. Ella es **Ecclesia Mater y Mater Ecclesiae**. *Matriz* de la Iglesia y *Madre* de la Iglesia, *modelode* la Iglesia y al mismo tiempo *miembro* de la Iglesia. Es la santidad de la Iglesia en persona y la persona más santa de la Iglesia. Como Jesús es la *Cabeza* de la Iglesia, María es su *corazón*. Y como Pedro representa *la unidad visible* de la Iglesia, el aspecto institucional, así María realiza *la unidad invisible* de la Iglesia, el aspecto carismático: el uno ofrece los medios de *santificación*, la otra el modelo de la *santidad*.

Cierto que María no es una persona divina, como alguien ha fantaseado, pero tampoco simplemente una criatura como las demás. Ella es una criatura “toda santa”, toda libre del pecado, toda abierta a la voluntad de Dios. Por un aparte es criatura de Dios, pero al mismo tiempo ¡es Madre de Dios!”. De igual manera, si por un lado es parte de la Iglesia, por el otro lo es en su situación de Madre. El Concilio dice que María “como descendiente de Adán está, unida a todos los hombres necesitados de salvación: más aún, es verdaderamente madre de los miembros de Cristo... porque cooperó con la caridad al nacimiento de los fieles de la Iglesia, que son los miembros de aquel cuerpo. Por esto es también reconocida como miembro supereminente y del todo singular, de la Iglesia, figura de excelentísimo modelo para ella de fe y de caridad: la Iglesia católica instruida por el Espíritu Santo, con afecto de piedad filial la venera como Madre “amadísima” en el orden de la gracia (LG 53)

Todo esto **gracias a la plenitud de su sí, perfecto** ya en Nazaret al acoger la Encarnación del Verbo, **perfeccionado** después en el Calvario, consintiendo en el sacrificio de su Hijo. Gracias a la historia de sus “sies”, a su ser –como le gustaba decir a Juan Pablo II – “peregrina de la fe”, María realiza el culmen de la madurez afectiva de una madre: una plena capacidad de tomar y de perder a un hijo, de acogerlo en sí y ponerlo en el mundo, de custodiarlo y entregarlo con idéntico amor: cierto, que primeramente en la plenitud del gozo, pero después sumida en el dolor; primero en el parto gozoso de Jesús y después en el parto doloroso de la Iglesia, pero siempre con viva fe, ardiente esperanza y perfecta caridad, convirtiéndose así en ·Madre en el orden de la gracia” (LG 62).

El gran teólogo von Balthasar habla de él de manera admirable: **El “caso serio” del que nace la Iglesia es la Pasión de Jesús**, que experimenta hasta el abandono del Padre, **y la Compasión de la Madre**, que vive la desolación de la pérdida del Hijo, y todo esto para hacerse cargo de nosotros pecadores, para librarnos de la muerte, que es el salario del pecado: “el terrible deber del amor de estar de acuerdo con la muerte, el martirio incruento de María, es el caso serio del que nace la Iglesia. Es la fecundidad de la *mater dolorosa*, de la mujer con dolores de parto del Apocalipsis. El grito del parto coincide con el grito mudo de la muerte de la madre a la muerte del hijo. Pero el grito de muerte no es más que la consecuencia radical del asentimiento de Nazaret, que ha dejado mano libre a Dios para todas las realidades divinamente incalculables, que trascienden sobremanera las posibilidades humanas. Aquel asentimiento era ya mortal, lo sospechase María o no lo sospechase. Era un asentimiento sin límites, que incluía lo extremo, el morir y el matar, y precisamente como evento aceptado, si es según tu palabra”.

Pero precisamente así, en el dolor y en la alegría de la Pascua se abre una nueva fecundidad, nace la Iglesia, signo y sacramento de salvación para todo el género humano: ¡la Pascua de Cristo es nuestra Pascua, y la madre de Cristo es nuestra Madre! Así pues, el itinerario de todo cristiano no es otra cosa más que en seguirla con afecto filial humilde y

obediente: “La Iglesia camina en el tiempo recorriendo el itinerario realizado por la Virgen María, que avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la Cruz” (RM 2). En la práctica, ser cristianos, ser eclesiales y ser marianos son tres cosas que no se distinguen adecuadamente, son tres aspectos de una única realidad, de nuestra pertenencia a Dios.

La unidad entre María y la Iglesia es verdaderamente intimísima, porque ambas realizan la dimensión materna del plan divino, la una de manera personal, arquetipo, la otra de manera colectiva. Oigamos al papa Francisco: “Jesús funda la Iglesia y a nosotros en la Iglesia. El misterio de la Iglesia está estrechamente unido al misterio de María, la Madre de Dios y madre de la Iglesia. María nos engendra y alimenta. La Iglesia también. María nos hace crecer. También la Iglesia. Y en la hora de la muerte el sacerdote nos despide en nombre de la Iglesia para dejarnos en los brazos de María... **Por esto, cuando miramos a la Iglesia, debemos tener la misma devoción que tenemos por la Virgen María**”. El amor a María nos impulsa a amar más a la Iglesia, a amar como Iglesia, a superar un amor ingenuo e imperfecto, instintivo y puramente natural, a cultivar la santidad, la fecundidad y la disciplina cristiana. Estos son los tres puntos del papa Francisco:

1. **Santidad.** Se trata de una santidad que se refleja en el celo por la evangelización, pero teniendo en cuenta que “nuestro celo por la evangelización brote de una verdadera santidad de vida” alimentada por la oración y por la Eucaristía.

1. . La maternidad de María y de la Iglesia es para una fecundidad sobrenatural. Está hecha para engendrar y hacer crecer hijos e hijas de Dios. No responde a nuestros planes, sino a los de Dios, no sigue la lógica del cálculo, sino la de la superabundancia: “es como una conciencia del hecho de que el Señor no nos abandona y mantiene su palabra de estar con nosotros hasta el fin del mundo. Es una fecundidad paradójica. Es ser fecundos y, al mismo tiempo, no darnos cuenta del todo”, es ser portadores de fruto y sentirse inútiles, participar en el señorío de Cristo y ser, al mismo tiempo, cada vez más siervos.
2. . La Iglesia es un cuerpo, y esto requiere disciplina. Pedro no iguala la santidad de María, pero a María ni siquiera le viene a la mente apropiarse del ministerio de Pedro. Esto nos invita a comprender que la evangelización, nunca es una obra individual, sino orgánica y eclesial. Aquí el papa Francisco remite a Pablo VI: Nuestra adhesión al reino “no puede ser abstracta y desencarnada, se revela concretamente mediante un ingreso visible en la comunidad de los fieles... Pretender amar a Cristo, pero no a la Iglesia, escuchar a Cristo, pero no a la iglesia, pertenecer a Cristo, pero fuera de la Iglesia es una dicotomía absurda” (EN 23.16).

PARA EL DIÁLOGO

Volvemos a leer el tema, tranquilamente y vamos comentando, aquello que más nos llama la atención

Oración por el Sínodo de la familia

Jesús, María y José,

en vosotros contemplamos

el esplendor del amor verdadero.

Nos dirigimos confiadamente a vos.

Sagrada Familia de Nazaret,

haz también de nuestras familias

lugares de comunión y cenáculos de oración,

auténticas escuelas del Evangelio

y pequeñas iglesias domésticas.

Sagrada Familia de Nazaret,

que nunca en nuestras familias se tenga experiencia

de violencia, separación y división:

que quien haya sido herido o escandalizado

experimente pronto el consuelo y la curación.

Sagrada Familia de Nazaret,

que el próximo Sínodo de Obispos

despierte en todos la conciencia

del carácter sagrado e inviolable de la familia,

su belleza en el proyecto de Dios.

Sagrada Familia de Nazaret,

escuchad y atended nuestra súplica. Amén.